¿QUÉ ESTÁ PASANDO EN NUESTRAS MONTAÑAS?

Susana Abad González. Licenciada en Geografía
Gerente de la Reserva de la Biosfera de los Ancares Leoneses y coordinadora del Aula UNED de Vega de Espinareda.

Hace años que las Reservas de la Biosfera llevamos alertando de las consecuencias que el cambio climático iba a tener a lo largo de este siglo, especialmente en nuestras montañas.

No somos visionarios. No es porque manejemos más información ni información privilegiada. Simplemente observamos nuestro entorno, trabajamos con nuestros territorios y con científicos, y esto, tal vez, nos hace más sensibles a las predicciones de los modelos y a fenómenos que ya se habían observado en otras zonas del mundo.

No nos es ajeno el hecho de que este planeta es un sistema con un engranaje que le permite replicar desastres en uno u otro país sin importarle las fronteras, al menos las políticas. Sin embargo, sí es importante observar qué pasa en lugares similares en la otra punta del planeta, alzar la vista al cielo y ver qué sucede con nuestro clima y, después, bajarla para comprobar cómo todo esto se traduce en nuestros ecosistemas terrestres y fluviales.

Durante los últimos dos o tres años, especialmente, hemos visto de cerca y de forma apremiante cómo la naturaleza nos ha mostrado, de manera contundente, las consecuencias de lo que durante tanto tiempo veníamos advirtiendo. Aunque, en mi opinión, ese “toque de atención” nos lo estaba dando desde hacía mucho tiempo. Los seres humanos hemos mirado hacia otro lado. Solo ahora, cuando nos toca de cerca, cuando afecta a nuestras montañas, nuestros ríos, nuestros vecinos y nuestra economía, empezamos a preguntarnos qué está pasando.

Y sí, debemos reconocer que, en muchos aspectos y desde muchos organismos, vamos tarde.

Debemos asumir que nosotros mismos, como Reserva de la Biosfera, no hemos llegado a donde deberíamos haber llegado. No hemos sabido hacer suficiente pedagogía entre las administraciones con competencias en nuestros territorios y, como siempre, vamos tarde. También debemos reconocer que muchas de estas acciones se han tenido que plantear y abordar sin contar con los fondos necesarios para llevarlas a cabo.

Desde el pasado año se ha comenzado a trabajar activamente en medidas de prevención, unas medidas que, en muchos casos, no han llegado de las administraciones competentes. Porque, todo hay que decirlo, los fondos necesarios tampoco han llegado. Solo unos pocos han podido acceder a financiación para realizar franjas perimetrales o desbroces selectivos, tan necesarios alrededor de nuestras poblaciones.

El resto, como siempre, han sido los propios vecinos o juntas vecinales sensibles quienes se han puesto las pilas y han asumido estas actuaciones, pero no con los fondos que tanto se prometen para acometerlas. Unos fondos que ya deberían haber llegado “ayer”, pero que, una vez más, llegarán “mañana”.

Y para “mañana” deberíamos comenzar a insistir también en las medidas que deben ponerse en marcha después de un incendio. Pero, como siempre, probablemente llegaremos pasado mañana.

Tenemos la obligación moral de insistir, de tocar puertas y ventanas si es necesario, para que las simulaciones, los estudios de susceptibilidad y toda la información que se recoge sean públicos y analizados detenidamente por expertos. Necesitamos que todo ese conocimiento se traduzca en trabajos y actuaciones reales en nuestros montes, antes de que vuelvan a producirse riadas, desprendimientos y otras desgracias que, tal vez, no podamos evitar, pero cuyos efectos sí podemos mitigar.

Especialmente cuando hablamos de espacios que ya son terrenos degradados por incendios en los que no se ha hecho nada después.

Porque, vaya, en otros lugares sí se han hecho. Así que es posible.
Es posible realizar trabajos de fijación del suelo, aplicar técnicas de mulching, llevar a cabo repoblaciones y otras actuaciones. Es posible. Solo hace falta querer y, por una vez, que las administraciones con competencias en estas materias se adelanten a lo que va a pasar en los próximos años.
No será, sin duda, la única solución. Pero ayudará a que un sistema como el de nuestros territorios no siga sufriendo el abandono o, mejor dicho, el olvido público.

El medio rural lo merece. Porque, además de sostener al resto, mantiene formas de vida únicas, ecosistemas naturales de un valor incalculable, una cultura que ya no se puede recuperar en otras zonas y, sobre todo, a una población que merece seguir viviendo y desarrollándose económicamente en estos lugares. Una población que lleva años apostando por una forma de vivir y trabajar sostenible.

Y no hablamos únicamente de sostenibilidad ambiental, que también, sino de una sostenibilidad que permita mantener vivos nuestros pueblos, nuestras comunidades, nuestro entorno y, sobre todo, a las personas que los habitan.

Agosto de 2026